

LA ENFERMEDAD INGLESA

FERNANDO DEL PASO (*)

LONDRES y junto con él el resto de las islas Británicas se están hundiendo. Esta es, al menos, la opinión de la mayor parte de la prensa extranjera ante la crisis que agobia a la Gran Bretaña. **Le malaise anglais**, como han dicho los franceses, y **Das Kranke England**, como han calificado a Inglaterra los alemanes —pocas expresiones hay que sugieran tanto como "Das Kranke", algo que se está haciendo pedazos—, se han transformado ya en estereotipos a cuya sola mención uno se imagina una Inglaterra que se desborda de basura y ratas; una Inglaterra de fábricas y transportes paralizados y supermercados vacíos; de niños sin escuela y

con enfermos que se mueren por falta de atención médica y muertos que se quedan a flor de tierra por falta de sepultureros. Y sin embargo...

HIPOLABORALIA ANGLIFORME. Los ingleses, retóricos por excelencia, acuden con frecuencia a eufemismos. Así, cuando un anciano jubilado se muere de frío —y se mueren varios cada año en sus casas—, en la prensa se dice que murió de "hipotermia". Acudiendo a esta misma clase de expresiones y rales, se puede aplicar a **Le malaise anglais** un nombre cuasi científico, que revele la naturaleza nada oculta de la enfermedad y de paso su etiología: los ingleses han perdido la voluntad



Margaret Thatcher: a río revuelto, ganancia de conservadores.

de trabajar, y su Gobierno, la voluntad de gobernar. Todos desean trabajar menos y ganar más. Aunque quizá decir "todos" sea una exageración, porque los cientos de miles de desempleados también desean obtener más dinero —del que el Estado les da por no tener empleo—, sin que tengan nada que restarle, de labor, a su no tan dulce **far niente**. El nombre Hipolaboralia angliforme podría, pues, aplicarse a esta dolencia de pronóstico reservado, que ha hecho decir al diario francés **Le Monde** que Inglaterra es un país en vías de subdesarrollo, a **L'Espresso** afirmar que el Gobierno de Callaghan (1) lucha sin esperanzas contra el Leviatán creado por su mismo Gobierno laboralista, a **Stern** dedicar un suplemento de 70 páginas donde se muestra la pobre opinión que de los británicos tienen por ahora los alemanes —la taza

de té ha sustituido como símbolo a la llave inglesa—, y que ha hecho, por último, a la prensa en general de los Estados Unidos calificar a los obreros ingleses de poco menos que sanguinarios, y a los empleadores de "snobs", perezosos e incompetentes..., sin que, desde luego, falten en este florilegio las opiniones de **Pravda**, que, tras hablar de las posibilidades de que el Gobierno británico catalogue a los huelguistas como "saboteadores y terroristas" —cosa que, desde luego, no ha sucedido—, arremetió contra la propia prensa inglesa, acusándola de provocar pánico y divisiones entre los trabajadores.

LAS CENIZAS DE ENGELS. Es verdad, en parte al menos, que la actitud de la

(*) Escritor mexicano, autor de "Palinuro de México". Colaborador de la BBC, vive en Londres, donde escribe actualmente una nueva obra, "Noticias del Imperio". TRIUNFO publicó una entrevista con Fernando del Paso en su número 788.

(1) Este trabajo fue escrito antes de la derrota de los laboristas en el Parlamento.



Si todos los desempleados del país hicieran cola, llegarían de Londres a Birmingham.

propia prensa inglesa ha sido a veces amarillista y tendenciosa, y a veces desorientadora. Pero, como bien lo dijo Colin Seymour-Ure —catedrático de Ciencias Políticas de la Universidad de Kent—, los antiguos tabloides populares perdieron su alma obrera, y en el mundo de las multinacionales que nos tocó vivir ya casi no existen los diarios independientes. Los medios están inciertos de los valores que defienden y la actitud de la prensa es parte de la enfermedad. Pero habría que preguntarse si, como dijo Pravda, los medios ingleses han provocado divisiones entre los trabajadores, o sencillamente si —en parte también al menos— no han hecho sino reflejarlas. Marx y Engels murieron en este país. Los restos de Marx descansan en el cementerio londinense de High Gate, y las cenizas de Engels fueron esparcidas, de acuerdo a sus deseos, en las playas de Eastbourne. Y en ocasiones uno piensa que también la revolución del proletariado interna-

cional murió aquí. Salvo unas cuantas excepciones muy esporádicas —el boicot de las uvas procedentes de California, o el de los motores de avión de la Fuerza Aérea chilena—, los obreros británicos parecen preocuparse muy poco de los trabajadores, no sólo de otros países, sino del suyo propio. En las semanas recientes han abundado pruebas de ello, que desde luego los medios se han encargado de subrayar. Los televidentes han tenido más de una oportunidad de contemplar a líderes sindicales airados "cansados de ser Centricistas y que ahora están decididos a ir al baile", que han expresado su desprecio o indiferencia por otros grupos de trabajadores. Unos líderes sindicales han dicho que les importa un comino lo que ganen los demás: ellos lo que quieren es más dinero. Otros le han jurado a sus miembros conseguir el doble de lo que aquéllos consiguieron. Otros más han dicho que qué derecho tiene nadie a quejarse de la falta de alimentos, cuando

ellos mismos no pueden adquirirlos. Y aunque algunos líderes moderados han declarado que lo que menos desean es "causarle inconveniencias al público", todas estas expresiones, resultado de la amargura y la frustración, han hecho recordar lo que hace algún tiempo dijo un líder de los trabajadores del drenaje al convocar a una huelga: "Lo que deseamos nosotros es que cuando se jale la cadena del excusado, el excremento, en lugar de irse para abajo se vaya para arriba". Ahora bien, hubo quien fue un poco más lejos: uno de los conductores de ambulancias que estaban en huelga dijo que si hacer escuchar su voz significaba que se perdieran vidas, pues que se perdieran.

SALCHICHAS MAS. SALCHICHAS MENOS. Los sindicalistas defensores de las huelgas han echado mano de estadísticas para señalar que los paros laborales en la Gran Bretaña son menos perjudiciales que en

otros países, como, por ejemplo, los Estados Unidos. La empresa privada, por su parte, dice que esto es falso, porque la enorme mayoría de las huelgas no trasciende a los titulares de la prensa. A las grandes huelgas simplemente se aplican grandes remedios. O mejor dicho, un gran remedio: el aumento exigido por los sindicatos —peniques más o peniques menos—, aunque éste sobrepase, y en gran medida a veces, el límite salarial establecido por el Gobierno. Otras disputas laborales —o disputillas— pasan casi inadvertidas, y han estado minando poco a poco la economía del país. Por su parte, mientras otros periódicos afirman que la intolerancia sindical coincide con la mayor intervención del Estado en el regateo de salarios —¿pero cuál, cuando se fija un límite del 5 por 100?—, **The Economist** dice que la crisis no es económica, sino política. El promedio de ingresos es mayor que durante el último trimestre del año pasado. Y las huelgas,



Según **The Economist**, en Inglaterra las huelgas se efectúan simplemente porque tienen éxito.

LA ENFERMEDAD INGLESA

afirma el conocido semanario, se efectúan simplemente porque tienen éxito. Pero los británicos saben que su nivel de vida es ahora mucho más bajo que el de otros países industrializados a los que antes llevaban ventaja. Y si no lo saben todos, sí algunos economistas: desde 1886, los ingresos de los más y los menos, de los de arriba y los de abajo —lo señala Guy Roth, de la Universidad de Sussex—, siguen siendo los mismos. Y si no lo saben los economistas o los políticos es porque no desean saberlo: una de las mayores conquistas obreras, la jornada de ocho horas, se ha estado diluyendo en un espejismo. Cada día un número cada vez mayor de trabajadores tienen que laborar más horas extras, o tener un segundo empleo, o trabajar el sábado, o el sábado y el domingo incluso, para lograr un nivel de vida que para los estándares de los países occidentales industrializados es apenas decoroso. De todos modos, a río revuelto, ganancia de conservadores. Hace unos meses, el partido conservador lanzó una campaña de publicidad a gran escala, acudiendo a las técnicas de Madison Avenue, llena de ideas y slogans brillantes. **Labour is not working** fue el lema básico —con el triple significado: “el laborismo no está trabajando”, “el laborismo no está funcionando” y “la fuerza obrera no está ni trabajando ni funcionando”—, y algunos de los anuncios más convincentes ilustraban estadísticas escalofriantes: si todos los desempleados del país hicieran cola, llegarían de Londres a Birmingham, o bien “ofertas especiales” que subrayaron algunos de los cambios de precios durante los últimos años de gobierno laborista: “Cinco salchichas por el precio de ocho”. Pero esta campaña, la más cara en la historia de la propaganda política británica, no le dejó a los conservadores, y a Margaret Thatcher, las ganancias que les han dejado unas cuantas semanas de huelgas,

amenazas e incertidumbres, aprovechadas ya no en carteles o anuncios de televisión o revistas, sino en discursos y diatribas, cuyos puntos principales se ha encargado de destacar la prensa conservadora. Así, ahora ha resultado que las huelgas le causan grandes incomodidades y angustias “al pueblo británico”, como si los conductores de camiones de carga, o los recolectores de basura y los barrenderos no fueran parte del pueblo. Y resulta que los huelguistas perjudican “la educación de nuestros hijos”, como si los ferrocarrileros o los mozos de hospitales no los tuvieran. Pero el caso es que así como hay muchos trabajadores que pertenecen a grandes sindicatos capaces de hacer grandes huelgas, hay otros —muchos de “cuello blanco”, **white collar**—,

que pertenecen a pequeños sindicatos, que sólo hacen pequeñas huelgas y que, atemorizados por la situación, se inclinan ahora hacia los conservadores. Ante las más recientes encuestas de la opinión, ante las declaraciones de la señora Thatcher, que, entre otras cosas, ha prometido prohibir las huelgas en los servicios esenciales, el “Concordato” entre el Gobierno de James Callaghan y la Confederación General de Sindicatos, TUC, no parece constituir sino un intento desesperado por mejorar en último momento la imagen del laborismo. Un intento también desesperado, porque el acuerdo no es compulsivo, y mientras tanto continúan concediéndose aumentos de salarios muy por arriba del límite establecido o deseable.

¿The Sinking London? En

días recientes, el ministro de Relaciones Exteriores, doctor David Owen, solicitó a los corresponsales extranjeros un trato justo para la Gran Bretaña en sus informaciones. Un nuevo vistazo a la prensa de otros países basta para demostrar que aquella también se ha ocupado de los aspectos positivos. El **New York Times** ha dicho que las dificultades actuales no deben oscurecer los progresos de los últimos tres años —sin ir más lejos, la reducción de la inflación, de casi el 30 por 100 a sólo el 8—. **Der Spiegel** señala que en la Gran Bretaña el 70 por 100 de las familias son dueñas de sus casas. **Le Monde** reconoce que no hay pueblo en el mundo como el inglés para enfrentarse a la adversidad —el espíritu de Dunquerque está vivo—. **Il Corriere della Sera**, por último, advierte que los visitantes que lleguen a Inglaterra y esperen encontrar escenas apocalípticas se van a decepcionar. Esto es verdad. Nadie se ha muerto de hambre. Nunca han faltado alimentos en tiendas y supermercados. No ha cundido el pánico. No se ha implantado una semana laboral de tres días. No ha habido cortes de luz o gas. Es cierto que las bolsas de basura se llegaron a acumular en forma alarmante en el barrio de Soho y en la plaza Leicester, bajo las mismísimas narices de William Shakespeare. Cierto también que hubo cortes de agua prolongados en algunas partes del país. Pero dicen que no hay mal que por bien no venga. Irónicamente, el peor invierno que ha sufrido el país en treinta años sirvió para que la basura no se pudriera y para que las amas de casa derritieran nieve en las tinas de baño. Esto, pues, no se hunde. Del jubiloso Londres de los años sesenta, de **The Swinging London**, sólo quedan recuerdos sazonados con el Sargento Pimienta. Pero esto parece lejos todavía de transformarse en un **Sinking London**: en un Londres, en una Gran Bretaña, que se va a pique. ¿Por cuánto tiempo más? No sabemos. Hay enfermedades que matan despacio. ■



Hoy, la oferta londinense es: “Cinco salchichas por el precio de ocho”.